



BAÑOS DE LA PUJA.

ESTABLECIMIENTO

DE AGUAS MINERALES SULFUROSAS.

Es la Puda un establecimiento de aguas minerales sulfurosas de primer orden, que no conoce rival en España, ni quizá en el extranjero: ya por su pintoresca y selvática posición; ya por lo grandioso, bello y cómodo del edificio; ya en fin por la extraordinaria cantidad y abundancia de agua, por su constante y apropiada temperatura, por su rica mineralización y por la prodigiosa virtud de sus aguas.

Hállase la Puda situada en un agreste, apartado y solitario valle, al pié del poético Monserrat, á la orilla del Llobregat, á la orilla de aquel río que del pié de los Pirineos, con su tortuosa línea divide el antiguo Principado en dos partes casi iguales y desagua á poca de una legua al poniente de Barcelona. El sordo murmullo de las caudalosas fuentes de la Puda, el ruido del Llobregat al estrellarse contra una inmensa peña que natural é invencible tajamar defiende el edificio de las fuertes avenidas, desviando el curso de las aguas que mansamente van luego después á lamer el pié de las altas y sólidas murallas en que descansa el establecimiento; el ambiente continuamente refrescado por el viento Norte á que da paso aquella garganta; el fresco vendaval que sopla desde el mediodía; los agradables y variados accidentes que ofrece el valle; forman de la Puda una pacífica mansión, una deliciosa morada en la que se siente una tranquilidad encantadora; sentimiento dulce y consolador que tanto contribuye á la curación de las enfermedades crónicas de nuestro cuerpo, cuanto á mitigar los dolores del alma. Hé aquí por qué se va siempre la Puda con pesar; hé aquí por qué en el bullicio de las ciudades se recuerdan tantas veces aquellas placidas y harto fugaces horas, que tan agradablemente se pasaron en la Puda, ya en envidiable calma, ya en medio de una sociedad pura, franca, alegre, nueva, varia y siempre renovada, ya en fin en las comédias de la tarde, en los encantos de la música, y de tantas y tantas otras inocentes diversiones de las veladas, diversiones y romerías, que desnudas de toda ceremonia política, ofrece la parte más agradable del trato social, y egeandrán reuniones puras, inocentes, simpáticas é inolvidables.

Uno de los puntos más interesantes, ya que no el único de aquel país, es la montaña de Monserrat: montaña singular en su forma; histórica por su glorioso pasado; sagrada por su actual destino; montaña que aislada y erguida en medio de la vieja Cataluña, es cual elevación y luminoso faro, distinguida de sus más apartados estremos; montaña desde la que se descubre el más hermoso panorama que pueda imaginarse: montaña en cuyo centro se encuentra el devoto Santuario de la milagrosa imagen de la Virgen de Monserrat, tan memorable en toda la cristiandad; montaña en la que está situado el augusto monasterio que fué de PP. Benedictinos y á corta distancia el lugar en donde diez y seis siglos háce existiera un templo consagrado á Vénus.

Al caer la tarde es de ver cómo regresan de Monserrat y vuelven al establecimiento de la Puda aquellos, que viniendo de romería que en el mismo día habian salido en improvisada y bulliciosa comitiva. Otros puntos igualmente de una belleza natural y de una grandiosidad indefinible, muy parecidos á los sorprendentes y encantadores cuadros de la Suiza, ofrecen al que toma baños en la Puda variados y deliciosos paseos. De manera que la situación higiénica y geográfica de la Puda, favorece extraordinariamente á dicho establecimiento.

Á siete leguas de Barcelona, en la carretera de Madrid, está situada la villa de Esparraguera: á una legua de distancia, fuera del camino real, se halla construído el establecimiento de la Puda. Muchas son las proporciones que diariamente se ofrecen para ir de Barcelona á Esparraguera y de Esparraguera á la Puda; pero interin se concluye el ferro-carril de Martorell ó del centro, el modo más cómodo, breve y directo de hacer este viaje, es el que ofrece el carruaje del establecimiento, que sale de la calle del Hospital, tienda núm. 2, en los martes y viernes de junio y setiembre; lunes, miércoles y viernes de julio y agosto, regresando de la Puda en los siguientes é inmediatos días. Siendo la principal ventaja que este carruaje presenta, el que á pesar de ser tan numerosa la concurrencia, á pesar de que las mas veces no hay habitaciones disponibles para todos, siempre se guarda habitación para los que vienen con el expresado carruaje.

Al llegar á la Puda apeáanse los huéspedes en la orilla derecha del río y sin necesidad de buscar quien los lleve el equipaje, inmediatamente se presentan los criados del establecimiento que se encargan de ello, y se presenta tambien el barquero que les pasa á la otra parte del río, en donde se halla situado el grandioso, magnífico y sorprendente

edificio, que será la honra y gloria de España, por no conocerse otro que se le asemeje, y por estar ideado y dirigido por uno de los más hábiles arquitectos españoles. En el desembarque, la primera cosa que se presenta á la vista son las caudalosas fuentes, los ricos manantiales de la Poda: manantiales que nacen á poca altura sobre el nivel del río y que la sociedad dueña de los mismos no ha querido elevar, ni tocar del mismo punto en donde nacen, para evitar todo peligro y quitar toda sospecha de adulteración. Al frente de los manantiales, hay un largo, ancho y sólido enlizado de piedra para que los bebedores puedan acercarse con más comodidad y aseó.

Al lado del torreón que está contiguo á la fuente de lechida, hay dos escaleras también de piedra labrada, que por la parte interior la una, por la exterior la otra, conducen al edificio. Subiendo por la escalera exterior, que es la que comunmente sucede, llegan los huéspedes á la plataforma ó terraplen de más de 400 palmos de largo, cuyo terraplen rodeado del edificio y cerrado por la muralla del río, ha de contener un gran jardín con varios juegos de agua, á más de la fuente alameda y espacioso salón de que está dotado en la actualidad: alameda y salón que estando contiguos al edificio y al nivel de la entrada del establecimiento, ofrecen un paseo horizontal y cómodo á todas las personas, especialmente las que siendo de una salud delicada no pueden más que alejarse del establecimiento; alameda y salón ambos muy á propósito para las cuestas, carreras, elevación de globos aerostáticos, juegos artísticos, bailes, iluminaciones al estilo veneciano, etc., etc.: diversiones todas muy frecuentes en el establecimiento, animadas por una orquesta inesperada, que desde la galería del piso superior esparrasa sus armoniosas voces por el valle: diversiones muy concurridas, las más veces improvisadas, y que siendo verdaderas fiestas de familia, inocentes, puras, agradables é higiénicas, procuran por mi parte secundar en lo posible, puesto que es indudable su influencia física-físico-moral en aquella sociedad que sufre. En dicho terraplen hay la entrada del establecimiento. La parte existente, obrada y perfectamente habitable del establecimiento, que tiene por base un rectángulo y de cuya estremidad inferior arranca otro edificio en forma de arco, cubre tres pisos, y un desván superior para los enfermos menos acomodados. Cada piso consta de una sala de 60 palmos de largo por 30 de ancho; salas contiguas á la galería que domina á la alameda: salas que si bien servirán para reunión de las personas de cada piso, sirven en la actualidad para distintos objetos cual se dirá más adelante. Consta asimismo cada uno de los tres pisos, de un hermoso, largo y ancho corredor, que contiene veinte habitaciones, con vista las diez de la izquierda de la parte del río, á la montaña de la derecha. En el corredor de la parte curva, hay solo una línea de habitaciones, que dominando la alameda tienen también vista al río. Por una sola numeración se rige el establecimiento. Las habitaciones son casi iguales, de forma cuadrada y muy capaces: solo se diferencian, en el mueblaje, cómodo en todas, pero más lujosas en unas que en otras y en el precio, por razón del mueblaje mismo, por razón de estar en el primero, segundo ó tercer piso y por razón de tener vista á esta ó aquella parte.

La sala que se halla al entrar en el edificio, está actualmente destinada para uno de los comedores. La del piso primero que por medio de tres balcones comunica á la gran galería que domina la alameda, está decorada con el mayor gusto y elegancia; adornada con grandes y magníficos toldadores, con rica sillería, mullidos sofás y en el centro una caprichosa columna de brazos orientales cogines, con un pismo de fuertes, claras y armoniosas voces, que diariamente en las horas que un son de descanso, déjase sentir en todos los puntos extremos del edificio; esta sala, es la destinada para las reuniones, juegos gimnásticos, juegos físicos, juegos acrobáticos, juegos físico-recreativos, juegos químicos, vistas de fantasmagoría, conciertos vocales á instrumentales, bailes domésticos y otras y otras diversiones que la moda y el capricho puedan inventar; todas ellas se suceden con frecuencia en la sala de reunión.

Las damas se reúnen también en el salón de recreo una hora antes de comer, y todas ó la mayor parte se reúnen en dicho salón al regresar del paseo y después de la cena.

En la sala tercera, que es la correspondiente al piso superior, hay fuertemente un billar de grandes dimensiones, construido á la última moda con barandas metálicas. Después de bebida el agua y tomado el desayuno, después de tomado el baño, después del almuerzo, después de algun rato de descanso, allí se reúnen los caballeros para jugar un chapó ó una guerra. Mientras se construye el cuerpo central que contendrá la biblioteca, el café, el billar, las dependencias del establecimiento, con más las habitaciones destinadas á S. M., las de la Junta directiva, del Médico, del Administrador, del Comisario de Entradas, etc., etc., mientras que todo esto se realiza, las salas que hay en los tres pisos han de servir para los objetos esplicados.

Contiguo á la sala de cada piso se halla la escalera que conduce á

los baños. Difícilmente puede darse un establecimiento de baños como el de la Poda. Al pié de la escalera hállanse algunos retretes para las personas que deben bañarse sin ser vistas, para aquellos enfermos alicados de males respiratorios ó de la vista ó que padecen enfermedades contagiosas, evitándose que ni en la mesa, ni en el baño se comuniquen con los demás. Entrase luego á la sala de descanso: sala de mucho gusto y mérito artístico, cuyas molduras del techo, así como una estatua del doctor Gimbernat, siendo bien sea, tomaron casi instantáneamente un terrosísimo color de plomo bronreado, prueba vulgar, pero evidente y pereña de la riqueza de gases de las aguas de la Poda. En el centro de dicha sala hállase colocada una hermosa fuente de mármol. En esta sala aguardan los bañistas el turno para entrar al baño. Dá entrada esta sala de descanso á otros salones que son los destinados para baños.

El salón de la derecha que está sostenido y hermoseado por un sin número de columnas y arcos ojivales y de medio punto, es de colosales dimensiones; pues á más de una altura proporcionada tiene más de doscientos palmos longitudinales. Quince retretes á cada lado del corredor central, con fronts y cuatro pilas, á saber: 23 de azulejos y 12 de mármol contienen este salón de baños. En la puerta de cada retrete hay un horario que indica la hora en que el bañista ha de salir del baño; todas las pilas son muy espaciosas, bien amueblado el retrete.

A la izquierda de la sala de descanso, hállase una pieza en la que hay los baños de accionistas y también los de inspiración. De esta pieza entra al nuevo salón de baños que acaba de construirse, cuyo salón es de mayores proporciones que el gran salón de baños. En este nuevo salón se darán ya en la próxima temporada, baños de agua dulce, tan necesarios en los establecimientos minerales como modificadores de la acción fisiológica de sus aguas minerales, baños de vapor sulfúreo y de vapor del agua común: ya por el sistema ruso, ya por el escocés: y se está trabajando para dar baños minerales de todos géneros mejorando el sistema que hoy día se observa, y para dar también baños de agua corriente. Este salón en que se podrán dar, por el vapor toda clase de baños conocidos, dará al establecimiento de la Poda una importancia que jamás ha tenido establecimiento alguno.

Sobre la enorme peña que domina y defiende el establecimiento en la parte superior del edificio, ha de estar la capilla pública del establecimiento; pensamiento filosófico y lleno de unción religiosa, que revela en su autor un conocimiento profundo del corazón humano. El retiro, la soledad, la quietud y sobre todo el monótono é imponente ruido del río al chocar contra la peña, y la rústica perspectiva que presenta aquella nueva vista del valle, todo convida á la oración. Interio se concluye la capilla indicada, hay una provisional que se halla dentro del pórtico que dá entrada al edificio. En una palabra, toda falta en la Poda de cuanto puede desearse en un establecimiento de baños. Por esto he dicho que el establecimiento de la Poda, por su posición y por la grandiosidad y comodidades que ofrece, es un establecimiento de primer orden, que no conoce rival en España, ni quizá en el extranjero.

Entre los establecimientos de primer orden le colocan también la extraordinaria cantidad y abundancia de agua, su apreciada temperatura, su rica mineralización y los prodigiosos efectos que causa.

En efecto: cerca de 700 millones cúbicos, ó sean 700,000 litros, es la enorme cantidad que cada 24 horas manan las fuentes ascendentes, ó mejor dicho, la fuente ascendente de la Poda, cantidad siempre igual en todas las estaciones y en todas las épocas del año, la que se aumenta por las lluvias ni disminuye por la sequedad.

Un chorro de 24 reales fontaneros, que nace al lado de un gran torreón de piedra labrada, es la fuente que comunmente sirve para bebida. El segundo manantial que siendo de la misma procedencia nace en la misma altura y á unos 20 palmos de distancia del de bebida, es el caudaloso manantial que sin dejar notar que disminuye, sirve para dar baños. El tercer manantial tan caudaloso casi como el segundo, se pierde por innecesario, en virtud de la abundancia con que éste mana.

La determinación de la cantidad del principio sulfuroso de las aguas minerales, había sido considerada como la parte más delicada y más difícil de su análisis; pero gracias á los adelantos de la química analítica, podemos actualmente apreciar con admirable exactitud y matemática exactitud, la porción de azufre que contiene. Los repetidos ensayos que durante cinco años y en las estaciones más extremas llevó hechos sobre el particular, me han probado de una manera indudable la riqueza de las aguas de la Poda; siempre constante en principios sulfurosos. A no oponerse á ello la usura y limitada extensión de este escrito, me complacería en demostrar los resultados de mis numerosos y repetidos ensayos: los que, si las circunstancias me lo favorecen, espandré en un trabajo científico y más estenso del que publiqué en Madrid en 1847, cuya edición hace dos años que está agotada. Mas ya que no me sea permitido descender por ahora á tal estudio, séame al menos lícito afirmar, asegurándolo bajo mi responsa-

bilidad facultativa: 1.º Que las aguas de la Poda son muy ricas en saúfre y en un gas igual al que nuestro célebre Ginhernat descubrió en 1800 en las aguas de Aix-la-Chapel y reconoció después en varios manantiales sulfurados de Alemania, Gas, al que por sus portentosas virtudes regenerativas llamó Zoógona. 2.º Que las aguas de la Poda son en su composición muy superiores á todas las del antiguo Principado; á las tan renombradas de Fontaneda y demás de las montañas de Santander; á las del Molar en la provincia de Madrid; á las de Carratraca en la de Málaga y á muchas de los Pirineos: y son casi iguales ó iguales á los de Gravales en la provincia de Logroño.

Las aguas claras, limpias, transparentes y un tanto untuosas de la Poda, llamadas así por su mal olor que es muy parecido al que despiden los huevos podridos, á pesar de las mas notables variaciones meteorológicas, tienen la temperatura constante é inalterable de 23 grados del termómetro de Reaumur ó sean 23,8 del centígrado; temperatura muy poco inferior á la más apropiada para baños: temperatura de mucho valor, pues que la mayor parte de las aguas sulfuradas, pecan ó por demasiado frías, ó por demasiado calientes; debiendo ser calientes mucho las frías, y enfriarse las calientes; operaciones todas, que aun cuando se tomen las mas esquisitas precauciones, hacen alterar la composición del agua, perdiendo ésta, gran parte de su virtud medicinal.

MANUEL ARNÓS.

UNA ESCURSION ESTUDIANTE.

Corría casi la mitad de su camino el año de 1833, cuando varios estudiantes, alborozados con la llegada de las vacaciones, celebraban en un café uno de esos conchabulos que son muy frecuentes en Salamanca entre los individuos de la mencionada clase y en la susodicha estación. Este club no tenía ninguna objeto político, aunque su fin era altamente benéfico. Trábase de saber el partido que tomaríamos al día siguiente de recibir esa licencia temporal que esperan con impaciencia los estudiantes ricos, y que tambien sería grata á los pobres si los impulsos del corazón pudieran dominar en ellos á la terrible idea de aumentar el presupuesto de gastos en casa de sus padres.

Éramos seis individuos, y todos nos hallábamos en el doloroso caso de renunciar á visitar nuestras heras, por cuya razón estábamos reunidos para deliberar acerca de nuestra posición y buscar un medio ingenioso de vencerla. Solo esperábamos para entablar la discusión á nuestro amigo Matias... que por ser el mas adelantado en ciencia y en edad de todos los miembros citados, debía naturalmente presidir aquella asamblea; pero el buen Matias tardaba demasiado, y ya estábamos á punto de diferir la sesion para otro día, cuando uno de mis camaradas dijo con una de esas exclamaciones que revelan á medias la alegría:

—¡Ah! va D. Bruno.

Era este D. Bruno un hombre algo misterioso que casi nadie conocía en Salamanca, donde se había aventurado poco tiempo hacia y á quien sin embargo conocíamos nosotros, porque era el amigo de nuestro amigo Matias. Sabíamos que vivía solo, que no tenía parientes, que debía estar bien acomodado, puesto que vivía con cierta esplendidez, y que su natural afabilidad contrastaba extraordinariamente con su melancolía, pues nadie había sorprendido una sonrisa en sus labios. Otros hombres mas sesudos que nosotros hubieran dejado pasar silenciosamente á aquel hombre que iba sumido en una profunda meditación, devorado al parecer por un secreto pesar; pero nosotros no éramos todavía capaces de remolarnos á ciertas consideraciones, y así dimos á un mismo tiempo un grito con tanta precision de compás y de armonía como si un director de orquesta nos hubiera dado el tiempo y el tono. Este grito, que nada tenía de subversivo, aunque no dejaba de ser alarmante, fué el siguiente:

—¡St. D. Bruno!!!

Hé dicho que otros hombres mas sesudos que nosotros se habrían abstenido de dar semejante grito, y debió decir tambien que cualquiera otra persona que no fuese aquella á quien se dirigía, lo hubiera despreciado; pero D. Bruno hizo un cuarto de conversacion y entró en el café, dirigiéndonos estas palabras con que los viejos honzaban el amor propio de los jóvenes:

—¿Qué me queréis, hijos míos?

Entonces fué cuando conocimos nuestro desacato, y así debíamelo á entender el sarcán que empezó á colorear nuestras mejillas. Yo fui el menos tímido de todos, y me apresuré á justificar nuestra desatención, dirigiendo de esta modo la palabra al interpelante:

—Despase Vd., Sr. D. Bruno. Aquí estamos reunidos unos pobres diablos, que no sabemos cómo pasar el tiempo de las vacaciones, y como igualmente recurrimos para divertirnos después nuestra carrera. Es-

parábamos para tomar una resolución á Matias; pero como éste tarda en venir, hemos creído que un hombre del talento de Vd. puede darnos un consejo no menos prudente que el que nos prometíamos de la capacidad de su criado.

Pidió entonces D. Bruno está con tostadas para todos, excepto para él, que no quería faltar á su regla, ó no tenía ganas; tomó asiento entre nosotros, y con su grave afabilidad contestó en estos términos:

—Lo que Vds. descan es muy sencillo: vengán Vds. á mi casa donde participarán de mi pobre fortuna y...

No le dejamos acabar: una formal negativa, que no dejaba de revelar al mismo tiempo la gratitud, hizo conocer á D. Bruno que nunca abusaríamos de sus bondades, y entonces sin renunciar á su papel de Mentor, repuso:

—Pues bien: yo debo decir que tambien he sido pobre y estudiante como Vds. Hice mi carrera de abogado en Alcalá, donde me asocié con otros varios muchachos tan pobres como yo, y cuando llegaban las vacaciones nos íbamos á recorrer las provincias, provistos de guitarra y pandero y otros instrumentos propios de la estudiantina, siendo tan felices en nuestras escursiones, que después de vivir cómodamente durante nuestra alegre peregrinacion, volvíamos con dinero para pasar el año. Veán Vds. si son capaces de seguir nuestro ejemplo, y no tengan la menor duda acerca del resultado.

Las palabras de D. Bruno produjeron en nosotros el efecto del primer rayo de luz en el hombre á quien han hecho la operacion de la catarata. Todos rasábamos un poco la guitarra; uno había que tocaba la flauta primorosamente, otro menejaba el violín lo bastante para amenizar la jota y el fandango con aquellas variaciones tan expresivas de la música andaluza y aragonesa; el único individuo de la compañía, cuya opinion ignorábamos por hallarse ausente, era Matias, el hombre mas necesario para nuestra empresa, porque tocaba la pandero como Paganini el violín, y cantaba además con una voz extraordinaria. Convenimos, pues, en seguir el consejo de D. Bruno, á quien suplicamos nos indicase como práctico el rumbo que debíamos seguir.

—Eso es indiferente, respondió nuestro grave consejero, cuando los hombres se hallan en la necesidad de adoptar una resolución como la que yo he propuesto, deben entregarse de lleno á la buena ventura. Nosotros al salir de Alcalá solíamos echar un puñado de arena al aire, y siempre seguíamos la direccion que nos indicaba al caer.

—Magnífico dije yo; nosotros echaremos tambien la arena al aire y ella nos indicará el camino que debemos seguir; pero para no desobedecer al destino, creo que debemos seguir directamente el rumbo que la arena nos indique al bajar, hasta donde el mar detenga nuestros pasos.

La proposicion fué aprobada por unanimidad. Solo nos faltaba el asentimiento de Matias para proceder á los preparativos del viaje.

—Ya cren que Matias no tendrá ningun inconveniente, dijo uno de los estudiantes.

—La mismo digo, repuso D. Bruno.

—Pues yo digo que Matias no puede salir de Salamanca, dijo un jóven que sin ser visto se había acercado al torro.

Esta inesperada negativa nos llenó de sorpresa y de desaliento, porque el sujeto que había pronunciado aquellas terribles palabras era el mismo Matias.

—¿Por qué no? preguntó D. Bruno, bajando los ojos como dominado por el hombre á quien tenia derecho de mandar.

—Ya sabe Vd., dijo Matias, que tengo una razon poderosa para no salir de Salamanca, y espero que mis dignos camaradas respetarán esta razon sin obligarme á decir-la.

—Pues yo espero que Vd. tendrá la honra de acompañar á sus dignos camaradas, contestó D. Bruno, que no tenía la costumbre de burlar á sus criados, recordando sin duda lo que esta costumbre espantosa había herido en algun tiempo su amor propio.

Trabóse una polémica prudente por el decoro con que el amo y el criado se trataban, y sembrada de relicencias que revelaban algun misterio. Indudablemente Matias ejercía ya alguna preeminencia sobre D. Bruno, á quien guardaba sin embargo las consideraciones que un criado sabe hacer compatibles con la familiaridad á que le da cierto derecho la posesion de un secreto. Nosotros, testigos mudos durante algun tiempo de aquella escena que no acertábamos á comprender, nos levantamos al fin para retirarnos, dispuestos siempre á realizar nuestro proyecto, aunque sintiendo en el alma no contar con el precioso apoyo de nuestro mas respetable camarada. D. Bruno y su criado se levantaron tambien sin decirnos otro consuejo en su despedida que una vaga esperanza contenida en estas palabras del hombre cuyo consejo habíamos pedido y aprobado.

—Yo les prometo á Vds. que Matias será su compañero de viaje.

Nuestra primera diligencia fué buscar otro pandero, que no tuvimos la dicha de encontrar, á pesar de lo cual insistimos en nuestra resolucion. A los dos dias terminamos preparando los instrumentos y

arrasados los pasaportes, nuestro equipaje, como estudiantes pobres, consistía en un par de camisas que llevábamos en un pañuelo debajo del manto, y la cuchara de palo colocada entre la cinta del sombrero de tres picos. Rompimos la marcha echando siempre de menos á Matías, tanto por su voz y su pandereta, como por su gémito apropiado para nuestra expedición, y no quisimos abandonar la población sin entonar algunos cantares de despedida ante la preciosa fachada de nuestra querida universidad. Detuvimos allí en efecto, y pronto nos vimos cercados de una muchedumbre inmensa, compuesta de estudiantes en su mayor parte, que se aglomeraron en aquel punto, tanto para decirnos adiós como por disfrutar de nuestra serenata. Empezamos los de las guitarras á rasgar la jota, el de la flauta y el del violín á improvisar variaciones, y todos en fin, á cantar una copla de las varias que habíamos compuesto alusivas á nuestra despedida. El

propio de la juventud que ve ante sus ojos el panorama de la villa errante.

La estudiantina, ó sea peregrinación de estudiantes que van de pueblo en pueblo, no á hacer penitencia, sino á divertirse, divirtiéndose á los demás, es una de las costumbres más características de España, costumbre que agrada siempre á los naturales y encanta á los extranjeros. Nada hay más animado, nada más bullicioso que esas escursiones de jóvenes, recorriendo las grandes y chicas poblaciones, atrayendo á la muchedumbre con su algazara, improvisando cantares á toda el mundo, y principalmente á las mujeres, cuya vanidad sabe herir agradablemente en sus más delicadas fibras, no conociendo el reposo ni el cansancio, en fin pidiendo y obteniendo dinero de todos los espectadores, no como limosna, sino como debida recompensa. Para esto es absolutamente preciso el antiguo traje que solo se emplea ya en las escursiones de que voy hablando, y con el cual no hay chiste posible, no hay adulación, no hay travesura, no hay nada que no sea tolerado por el que hace la víctima, y aplaudido por la generalidad; si bien debo advertir que los estudiantes tienen bastante buen seso para contener sus bromas en los límites del decoro.

La docilidad con que la lengua castellana se presta á la improvisación es un recurso de grandísima importancia, pues no bien se abre un balcon y se presenta una persona cualquiera, cuando ya tiene encima el cantar alusivo á sus aficciones, su vida, su fortuna y su carácter, para lo cual hay siempre algun miembro de la expedición dedicado á estas interesantes investigaciones. Además, como en este repetido ejercicio se agudiza la fecundidad del mismo Lope de Vega, los estudiantes llevan de repuesto en la memoria un millar de cantares celebrando los cabellos castaños ó rubios, los ojos negros ó azules, la tez morena ó blanca, etc. Entre estos cantares los hay para las solteras, para las viudas, para las pobres y muchas otras que se llenan de orgullo con los piropos que ya se han gastado en otras mil de su clase y condición.

Esta descripción de la estudiantina en general me dispensa de hacer la de nuestra en particular, que fué una serie no interrumpida de triunfos. Comiamos y bebíamos como unos señores, íbamos por la noche al teatro donde la había, nos alojábamos en las mejores posadas, y después de cubrir estos gastos, tocábamos al día lo que menos á cuatro ó cinco duros por barba. Con pocos meses que la expedición hubiera durado, los siete pobres estudiantes habríamos vuelto á Salamanca hechos siete Infantes de Lara, cuando no siete señores de Grecia, porque sabido es que el dinero tiene la virtud de hacer nobles á los plebeyos y sabios á los ignorantes.

Así, de pueblo en pueblo, atravesando unas veces por medietos caminos, otras por malos senderos, pero siempre infatigables y alegres, llegamos á Lisboa, donde el mar atajó nuestros pasos. La ciudad es grande y hermosa, tiene las irregularidades de las poblaciones antiguas unidas á las que ocasiona la desigualdad del terreno; pero hay calles preciosas, admirables iglesias, palacios de primer orden, y en vista de todo esto, abusamos en parte á los portugueses de las exageraciones con que hasta entonces nos habían abrumado. Porque todos mis lectores sabrán que el flaco de los portugueses es la idea equivocada que tienen de su importancia individual y colectiva, en corroboración de lo cual citaré algunas de nuestras aventuras.

Discutíamos un día con un portugués acerca de la preponderancia de algunos pueblos, y aquel hombre creyó burlarnos diciendo:

—El día que la España se una á Portugal no tendremos nada que envidiar á ninguna potencia del mundo.

Hicimosle la observación de que en tal caso sería más lógico que Portugal se uniese á España, la parte al todo, y por única contestación el hombre se retiró, lanzándonos una mirada de soberano desprecio.

Hablábamos otro día de la importancia marítima de las naciones, y otro portugués presentó esta singular estadística:

—La marina española no existe; la francesa empieza á tomar incremento; la rusa va siendo formidable; la inglesa... ¡uff! añadió haciendo una mueca de admiración, la marina inglesa puede ya casi competir con la nuestra.

Pero lo que más caracteriza á los portugueses en el dero de abultar las cosas de su país es el tipo de las unidades á que sujetan sus cálculos. Cuando hablan de sus escuadrones no cuentan los caballos ó los ginetes, sino los pies de los caballos, porque naturalmente les parece más pobre hablar de ciento ó de doscientos caballos que de cuatrocientos ó ochocientos *pies de caballo*. Para el dinero tienen, ó por mejor decir, se refieren á una moneda imaginaria que llaman *real*, en singular, y *reis* en plural, moneda cuyo valor no recuerda, pero basta decir que es muy inferior al maravedí español y al céntimo francés. De este modo sus cuentas, sus presupuestos, presentan largas tiradas de guarismos que bastan al que no sabe que muchos millones de *reis* componen pocos miles de *reales*.

A propósito de esto, contaré el conflicto que nos vino al llegar



(Aventuras de un loco coronado.)

efecto era magañero, porque á nuestras voces se unieron los de más de tres mil estudiantes, produciendo una especie de concierto majestuoso, infernal, con gran satisfacción de la gente que se apiñaba en los balcones y bocas-calle, para gozar de aquel grandioso espectáculo; pero cuando nosotros y el público todo nos vimos sorprendidos y agitados como por la conmoción que produciría una descarga electro-musical, fué á la conclusión del cantar. El estribillo simbólico de los instrumentos fué de pronto enriquecido por una pandereta que repiqueaba, subía, bajaba, desaparecía y se presentaba de nuevo, girando como una peonza sobre un dedo índice, para repetir las mismas cadencias, las mismas evoluciones, los mismos efectos. Escusado es decir que el hombre, el estudiante, el diablo improvisado de aquella manera en el concierto, era nuestro amigo Matías.

La serenata concluyó dejando satisfero á todo el mundo; al público porque se había divertido de valde, y á nosotros porque los aplausos que habíamos recibido nos hacían esperar otros más positi vos. Un cuarto de hora después estábamos fuera de la ciudad, y Matías, incorporado en nuestro grupo sin darnos explicación alguna de su conducta, fué el elegido para arrojar al aire la arena, que nos indicó el camino de Portugal.

Conservaba nuestro panderetero un resto de melancolía; pero estaba entre gaita alegre, y tanto sus pensamientos como las nuestras se desvanecieron ante las ocurrencias chistosas y las ilusiones poéticas

á Lisboa. Entramos en una fonda donde en celebridad de nuestra feliz empresa pedimos una comida decente, si no espléndida. Servíanos á la mesa un bellissimo jóven, que hablaba perfectamente el español, y con la cual tratamos inútilmente de entablar conversacion, pues solo respondia por monosílabos á nuestras preguntas, cosa que no nos extrañó, atendiendo á la natural cordada de las muchachas bien educadas, y sobre todo al exceso de su trabajo, porque la pobre tenia que acudir á muchas mesas á un tiempo. Pero lo que no pudo menos de extrañarnos fué la cuenta que nos presentó en un papelito al concluir, concebida sobre poco mas ó menos en estos términos:

| | |
|-------------------------|------------|
| Sopa. | 500 rs. |
| Un pavo asado. | 3.800 |
| Tres platos fritos. | 1.200 |
| Pan. | 700 |
| Una ensalada de berros. | 400 |
| Postres. | 800 |
| Vinos y aceites. | 5.600 |
| | 10.000 rs. |

Al ver esta cuenta, creo que todos perdimos el color, pues aunque teníamos con que pagar, no era menos cierto que el abuso del fon-



(Aventuras de un loco coronado.)

da nos arruinaba, y como era natural, empezamos á hacer estas y otras exclamaciones:

—¡Diez mil reales por una comida que un valé diez duros! ¡Esto es abominable!

—¡Vea Vd. ! ¡ Cuatrocientos reales por una ensalada de berros!

—¡Pues ¿ los vinos?

—¡Pues y el pavo? ¿Qué pavo es ese que vale dos mil ochocientos reales?

—¡ Aunque fuera de oro!

—El único de nosotros que no chistaba era Matias. Preguntámosle qué tal le parecia la cuenta de la comida, y sin apartar los ojos de un punto contestó:

—No es cara.

De seguro Matias, que no habia casi comido, no habia entendido una palabra, lo que mis lectores comprenderán bien, sabiendo que el pobre se habia enamorado perdidamente de la muchacha que nos sirvió á la mesa, es lo que, á decir verdad, dió una prueba de buen gusto.

Por fortuna la mencionada jóven oyó nuestras exclamaciones, y vino á sacarnos del error que nos atormentaba, diciéndonos en castellano lo que debíamos pagar, que todo ello subia á doce ó catorce duros, á los cuales añadió Matias otros dos para la criada; pero esta los devolvió, diciendo que no tenia costumbre de recibir tan grandes propinas.

Mucho trabajo nos costó sacar á Matias de su distraccion, mucho mas sacarle de la fonda, y esto nos hacia temer con fundamento lo que nos costaria el sacarle de la ciudad para continuar nuestra expedicion. Entramos en un café, y allí empezamos á hacer prudentes reflexiones á nuestro camarada sobre la conveniencia de volver á Salamanca, de donde fuéramos hacia ya dos meses; pero grande fué nuestra sorpresa al ver que Matias, lejos de escucharnos, se entretenia en leer un periódico portugués, ó por mejor decir, no fué esto lo que mas debió sorprendernos, sino si vér á Matias saltar el periódico de pronto, hacer un ademán de desesperacion y ocultarse el rostro entre las manos, dando un grito que mas propiamente podia llamarse rugido.

Asombrados nosotros de lo que estábamos viendo, cogimos el mencionado periódico, en el cual tuvimos el sentimiento de hallar esta triste noticia.

«Un vecino de la ciudad de Salamanca llamado D. Bruno... se arrojó dias pasados al rio Tormes, desde el gran puente romano, y aunque daba señales de vida cuando lograron sacarle del agua, en de traer que haya dejado de existir. Ignórase la causa de este suicidio; solo se sabe que ha dejado por heredero de su inmensa fortuna á su criado, Matias... alumno de la universidad.»

Pero todas estas sorpresas eran pequeñas para nosotros comparadas con la que nos reservaba Matias. Cuando le preguntamos si él sabia el motivo de tan infuusto suceso, nos lanzó una siniestra mirada, diciendo:

—¡ Vosotros sois la causa de esa catástrofe!

Y pidiendo como un cadáver, haciendo inútiles esfuerzos para arrojar por los ojos el color que le oprimió el alma, salió del café sin despedirse de nosotros, dejándonos absortos con sus palabras, que no pudimos comprender.

Pero este artículo se va prolongando mucho, y mis lectores tendrán la bondad de esperar al número inmediato para saber el fin de esta verídica historia.

I. M. VILLEGAS.

LEDA.

En un cerro inmediato á la villa de Túregano se alza un tanto desmantelado el castillo del mismo nombre; el cual, por su posicion topográfica y por su arquitectura, demuestra la importancia que tuvo en la edad media. Por los años de 1537 se hallaba de alcaide de dicha fortaleza don Sebastian de Vivero, hombre grave, rígido en sus costumbres y verdaderamente militar. En su espaciosa frente se revelaba el talento de que se hallaba dotado, y en la brillantez de sus negros y resgados ojos la perspicacia del águila y la astucia del leon. Lo fino de sus modales y la soltura de sus movimientos, daban á su persona cierto aire de majestad que al contemplarla, no se podia por menos de respetarle y quererle. Armado de punta en blanco, y al frente de las numerosas lanzas que arandillaba, los mozos fronterizos con justicia le tenían como un enemigo valeroso, y esquivaban cuanto les era posible el ponerse cara á cara; y así es que ellos, para eludir todo encuentro con él, aprovechaban las noches mas oscuras para hacer sus correrías.

El alcaide don Sebastian procuraba llenar cumplidamente sus obligaciones; y una sonrisa de satisfacción adornaba á sus labios cuando veia que todos los vasallos cumplan las que les eran respectivas; pero la mayor gloria que tuviera el noble alcaide era la de ver crecer cada dia mas hermosa á su hija Leda, único vástago y consuelo que le quedaba de su familia y única persona á quien dedicaba sus desvelos y cuidados. Leda, contando apenas siete años, ya manifestaba lo que habia de ser en adelante: en sus infantiles conversaciones con su padre, y en la oposicion decidida que mostraba á que se castigase á los vasallos, intercediendo con aquél para que perdonase las faltas que cometieran, revelaba un alma de ángel y un corazon verdaderamente castellano. La hermosura de que habia sido dotada por la naturaleza realizaba mas y mas con las prendas morales que poseia, por cuya razon, y aun en su corta edad, era sinceramente querida y respetada por los dependientes del castillo.

Como su padre no pudiera estar á su lado á todas horas, ya por hallarse en campaña, ya porque sus obligaciones se lo impidieran, la encantadora Leda pasaba un dia y otro jugando y riendo con la familiaridad de hermano con Sarmiento, hijo de un escudero de su padre, que

había sucedido perteneciendo en los moris, el cual moraba en la fortaleza como un vasallo, aunque un tanto distinguido por don Sebastian, atendidos los respetables servicios que le había prestado su leal é infatigable esmero. Guzman, igualmente niño, nada tenía que envidiar á la hija de su señor, á no ser el lustre de la cuna y lo distinguido de la posición; pero en lo demás, competía con ella en hermosura y talento; y como ella, era noble de corazón y sublime en sus pensamientos. Ambas dos ángeles parecía que la Providencia les había criado el uno para el otro; y así es que en sus almas no se abrigaba mas que una misma idea, un mismo deseo, y cual los gemelos de Sísac sentían á la vez ya la alegría, ya la tristeza, ora si una misma sangre corría por sus venas; siempre juntos, ora pasaban por los ardores del castillo, ora por sus contornos, y en todas partes y á todas horas, en sus labios se miraba esa angelical sonrisa que demuestra la inocencia del alma y la satisfacción de que está poseída. Ni una vez siquiera de las que solían á pasear—éstos dos ángeles, dejó Guzman de ofrecer á su querida compañera una prueba de su cordial cariño; pues ya con la silvestre rosa ó con la violada campanilla, tegia con ámba una corona, y con entusiasmo infantil la colocaba en las sienes de la interesante Leda; ésta del mismo modo correspondía á las deferencias de aquel prodigándole caricias y palabras de ternura.

Hállábanse una mañana sentados al pié de un bastión del castillo, contemplando Leda la bella perspectiva que ofrecía á su vista la nevada sierra de Guadarrama; y Guzman fijando sus ojos en la fortaleza; y como Leda observaba que su amante estaba pensativo, le dijo:

—¿Por qué estás así? no te agrada ya mi compañía.

—¡Oh si querida mía! estaba mirando la grandeza del castillo y lo pequeño que yo soy.

—Yo también soy pequeño, contestó la niña, pero creceré y llegaré á ser ¡grande! sí, muy grande!

Estas palabras, dichas con aristocrática orgullo, hicieron entender á Guzman la distancia inmensa que mediaba entre él y Leda, y bajó los ojos al suelo para ocultar el llanto. Pensaba, y con razón, el angustiada niño, que siendo pobre huérfano y sin nombre, mal podría llegar á ocupar el puesto que á Leda estaba reservado. Sentía que su tierno pecho se ahogaba, y sin poderse explicar lo que era la idea de alejarse de su amada: le causaba horror, y apartado de ella, la muerte creía ser el mejor consuelo que pudiera recibir. Guzman, sin comprenderlo, se hallaba apasionado de Leda, y ésta enamorada de él, y como él no sabía el motivo que ocasionaba su inquietud.

Sorprendida de la aptitud que había tomado el único objeto que ocupaba su mente, y con el fin de alejar su tristeza, le tomó una mano y siente caer en la suya dos lágrimas que la quemaban cual si fueran gotas de plomo derretido: por un movimiento instintivo se abrazan uno y otro, permaneciendo inmóviles por largo rato. Leda, vertiendo lágrimas también, conoce que algo liga su alma á aquel ser que tiene en sus brazos; le estrecha mas y mas, y se confunden los latidos de sus corazones y se mezclan las lágrimas de sus ojos.

—Guzman; dijo al fin la enamorada niña, ¿por qué lloramos? ¿Por qué nos abrazamos? Explícame en qué consiste todo esto.

—Leda, siento en el alma una cosa que me roba el sueño; que me impide pensar en otro objeto que no sea tú, y solo me considero dichoso cuando me encuentro á tu lado; yo moriría de pesar si me alejarán de tí, pues tus miradas son mi placer y tus halagos mi vida.

—Yo también succumbiré de pena si nos separarán el uno del otro; en ninguna parte encontraré atractivo, y todo ante mí vista será triste y melancólico.

—¡Ah! llegará un día en que seas grande! muy grande! y entonces... entonces te olvidarás de mí, porque seré pequeño, sí, muy pequeño.

—No, Guzman; aunque sea grande, las grandezas que yo alcance las compartiré contigo, porque siempre viviremos juntos.

Abrazáronse de nuevo los dos niños, y sus labios se dieron trémulamente se habían dado.

El sol azomaba por los altos torreones del castillo, y sus abrasadores rayos dando en el bastión, incomodaban á los enamorados, por lo que resolvieron entrar en la fortaleza.

El tiempo siguió en lenta marcha, y Leda y Guzman siguieron también en sus amores; el fogoso amante contaba ya veintidós años y comprendiendo su situación de vasallo y la elevada posición de Leda, se decía así mismo: don Sebastian apenas sepá que amo á su hija, se creerá ofendido y hará me evolguen de una torre ó me encerrará en un subterráneo donde no vuelva á ver la luz del día, ó por lo menos me arrojará del castillo con prohibición absoluta de no volver por este lugar y en diez leguas á la redonda; yo tengo una lanza, una espada y sobre todo un corazón decididamente resuelto, pero ¿cómo me pueden servir? ¿desgraciado! Mi unión con Leda será imposible; porque no poseo títulos, ni castillos, ni vasallos; porque no tengo padre que me sirva de apoyo; porque me falta todo: ¿se dice con que

destumbrar á los señores, y si es necesario hasta el mismo rey: ¡Ah! soy pequeño, tal nací y tal moriré.

Leda del mismo modo pasaba las horas enteras mirando en la estupefacción los grandes desastres que había de traer un amor alimentado por personas de distinta calidad; pero conocía que si era imposible llevar á cabo su enlace con Guzman, retroceder era mas imposible todavía, pues el amor que nació en su corazón cuando era niña, se había robustecido y arraigado en su alma, y por lo tanto era de todo punto imperecedero. Su padre era tan inexorable en los negocios de la milicia, como rígido en los puntos de nobleza, y la amante desconcertada teniendo en cuenta estas circunstancias, temía con fundamento la culebra del que la dijera el ser.

Don Sebastian había notado en Leda cierta languidez é inquietud, y conociendo que estaba enamorada, decidió cortar sus pasos con el fin de cerciorarse y saber quién era el favorecido. El noble siempre acostumbrado á que ciegamente se ejecutasen sus órdenes, se desbarbó al ver lo infructuoso de sus pesquisas; y como quiera que la envidia se asoció casi siempre á la vejez, Celestina, dueña de Leda, invitada por don Sebastian, quedó también en el encargo de fiscalizar á su señora, y notarle cuanto supiere; mas si astuta y sagaz era la vieja, prevenidos y cautos eran los amantes; y si incansable en sus investigaciones era el alcaide, su hijo y Guzman vivían con una precaución equisita y burlaban los pasos que por aquellos se daban.

Leda, por algunas preguntillas que la había hecho su padre, se apercebido de que se había orientado de sus amores, lo que puso en conocimiento de su amante para estar alerta y no ser descubiertos; por esta razón ya no les era fácil comunicarse con la frecuencia que lo habían hecho hasta entonces; pero como los que están enamorados y encuentran dificultades para hablarse, inventan medios sapientísimos para lograr sus deseos, Guzman, por medio de su cithara y cañones se comunicaba con Leda y se entendían perfectamente.

Había notado don Sebastian la constancia de Guzman en cantar á cierta hora y en cierto sitio; y oyendo uno y otro día una misma canción, conoció que era una señal convenida, y el joven filarmónico el amante. No más queda duda, exclamaba el noble señor, oyendo la voz sonora de su vasallo, ese miserable ha logrado captivar su alma y la ha robado su amor y voluntad; yo debo poner coto á la insolencia de ese imberbe, castigar su temeridad y cortar el vuelo á esa pasión amorosa que me ofende. ¿Qué se dirá en la corte si llego á saberlo que un vasallo mio, hijo de un escudero, está enamorado y correspondido por mi hija?... ¡Oh baldón de mi sangre!... Debe morir, y moriré.

Calmábase poco á poco su desesperación, y como el que lucha entre ideas enteramente distintas y se convence al fin de lo estraviado de sus juicios, se resigna á esperar algun tiempo mas, para que un hecho ó una palabra que pudiera pronunciar ó oír, le hiciera ver la realidad de sus presentimientos.

Hállabase un día don Sebastian paseando en la sala de armas del castillo, meditando como siempre en los para él problemáticos amores de su hija; cuando entró la dueña, y dirigiéndose hacia él con aire de triunfo, le dijo con algunas reservas:

—Señor, ya lo he descubierto todo.

—¿Qué me dices?

—Lo que oís; diecinueve días consecutivos he oído cantar al rapazuelo Guzman una canción amorosa; ¿pero qué canción! capaz de ahlandar una piedra.

—¿Y es eso todo lo que se ha averiguado? respondió don Sebastian con indiferencia; hace algun tiempo que estoy oyendo lo mismo, y no esativo bastante para decir sea el favorecido. Guzman, desde que tenía doce años está pulsando la cithara y no es nuevo que allora cante.

—Señor, en vuestra experiencia es extraño que se os figure negro lo que es verde.

—No eres tú poco verde, dijo don Sebastian, con la gravedad de su carácter?

—No es solo el canto señor, ha visto ciertas señales de inteligencia que demuestran á las claras que es verdad cuanto os he dicho; y lo que es mas aun, anoche, á una hora bastante avanzada, el mozo subió por la escalera de caracol y no falta quién diga que escala cierta ventana del castillo.

—¿Qué es lo que escuchó? vive Dios que he de hacer un ejemplo con ese infame que intenta marchitar la rosa mas pura.

La dueña había exagerado las cosas á su antojo; encicliaba al rey; que su señor la ofendiera, y con el deseo de vengarse del momento Guzman, porque no había querido dejarse conquistar por aquella vieja detestable, supuso que queriendo transferir la responsabilidad, que escudaba la ventana de la torre donde Leda tenía su habitación.

[Continúa.]

AVENTURAS DE UN LOCO-CORONADO.

(Continuación.)

CAPITULO V.

LA PROFECÍA.

El rey debió quedar satisfecho de su recepción en la alegre taberna del Paraíso terrenal, adonde había ido sin fausto para ver por sí mismo el efecto que producía en la población la declaración de guerra proclamada en el consejo y anunciada con todas las formalidades diplomáticas á las cortes extranjeras. Aclamaciones amorosas y patrióticas le acompañaron en su marcha á través de las mesas de un lado á otro de la sala. Pero tanto como aquellos bravos suecos se esforzaban en dar muestras á los ojos del rey de su fidelidad, otro tanto Olof, Megret, Reuschild, Reginold, Herman y Liéven se esforzaban en ocultarse arrojando bajo la mesa los dados, las cartas, las copas y las botellas. Ellos mismos se hubieran ocultado allí si hubieran podido hacerlo sin llamar la atención. Pasando junto á su mesa el rey hizo como que no los veía, lo que inspiró á Megret cuando hubo pasado, la idea que puso al punto en acción de levantarse y mezclarse al cortejo numeroso y animado que le seguía. Los amigos de Megret le imitaron, y bien pronto pareció que habían venido con Carlos XII á la taberna del Paraíso terrenal. A medida que se gritaba «viva el rey» se descubrían con admirable aplomo como si realmente formaran parte del acompañamiento oficial.

—¿Pero dónde estábais? preguntó el rey al volverse; no os habéis visto.

—Señor, respondió Megret, hemos ido siempre con vos; pero el sol no ve las estrellas.

—Francés amabilísimo, murmuró Olof, á pesar del insigne mal humor que le causaba el haber tenido la copa tan cerca de la boca sin haber bebido.

—¿Qué! ¿estábais conmigo?

—Sí, señor.

—¿Desde el palacio?

—Sí, señor, desde el palacio.

—Y bien, vosotros me volvereis á llevar.

—Vuestro bien lo exige.

—¿Cómo mi bien?

—Señor, seréis ahogado por el entusiasmo popular.

—Olof abrió la boca para repetir su cumplimiento; pero el amo del establecimiento le detuvo diciéndole:

—Ni digno señor, una palabra.

—¿Qué queréis?

—Habeis bebido...

—Que he bebido... vaya un chiste.

—Vuestra señoría al menos se ha hecho servir cierta cantidad de vinos de primera calidad y sin duda se ha olvidado de pagar al levantarse de la mesa... ¿ahí está la cuenta...

—¿Qué cuenta?...

—La de los vinos consumidos por vuestra señoría.

—Diez lites de oro.

—Bien poco es.

—Pero desgraciado, ni una gota de vino ha entrado en mi paladar y nunca pagaré lo que no he bebido... Diez lites de oro! mas quisiera tragármelos que dártelos.

Durante esta discusión entre Olof y el tabernero, el rey y su cortejo, siempre creciente, habían salido del Paraíso terrenal y se dirigían hacia el palacio real.

—Te digo, indigno tabernero, que nunca pagaré lo que no he bebido... Sería una vergüenza...

—Vuestra señoría quiere que vaya á buscar sobre la mesa las botellas que la presencia de S. M. le ha impedido vaciar?

—Quieres decir bajo la mesa.

—No comprendo lo que vuestra señoría...

—Pues sino comprendes déjame pasar.

—Pero señor...

—¿Quieres callarte?

—Señor hay leyes...

—Tabernero, us y bastones.

—Yo me quejaré...

—Vé á quejarte á los infiernos, dijo Olof caluroso siempre, excepto cuando se trataba de vino, y cogiendo al tabernero por medio del cuerpo se levantó como hubiera podido hacerlo con una paja y le arrojó á la distancia de diez pasos dentro de la bodega, donde su caída produjo entre las botellas un espantoso ruido.

Todo el Paraíso terrenal se conmovió: los bebedores ya agitados

por la vista del rey dejaron sus puestos para ver la causa de aquella inaudita brutalidad.

Olof, á pesar de ser un gigante, hubiera corrido riesgo de seguir el mismo camino que el tabernero, si no hubiese hallado una palabra admirablemente socorrida.

—Es un dinamarqués, dijo á la multitud sublevada.

Sería preciso ignorar, lo que es imposible, el odio innato de los suecos á los Dinamarqueses y de estos á aquellos para no comprender el valor de esta escusa, sobre todo cuando Dinamarca declaraba la guerra á la Suecia.

—Sí, es un Dinamarqués! repitieron de todos lados.

—Habeis hecho bien, caballero.

—Avismar á un dinamarqués... es natural.

—Viva el general Olof.

—El dinamarqués ha llevado su merecido.

Entre los enemigos del tabernero no deben omitirse sus deudos que nunca le habían hallado tan dinamarqués.

—Bebamos con el vino de ese condenado dinamarqués á la salud del rey Carlos XII.

—Trágase el mejor burdeles de ese maldito dinamarqués.

—El champaña de ese conspirador.

—Muerte á su bodega Dinamarquesa.

Semejante decreto no podía tardar en ponerse en planta. La taberna fué entrada á saco, las copas se llenaron, se puso la mayor en manos de Olof, y se le dijo:

—A la salud del rey!

—¿Cómo no beber en tal momento á la salud del rey?

—A la salud del rey, general Olof.

Olof bebió.

—A la salud de la reina madre.

Olof bebió otra vez.

—A la gloria de la Suecia.

Olof volvió á beber.

—A la muerte de los dinamarqueses.

Olof bebió de nuevo.

—De los moscovitas.

Olof bebió.

—A vuestra salud, general.

Olof bebió.

—A la nuestra.

Olof bebió aun.

Al llegar aquí, toda la taberna, demasiado cargada de saludes, cayó ebria sobre los bancos y el pavimento; Olof un poco alegre, se dijo, dirigiéndose á la calle:

—Diablo... creo que he olvidado mi juramento.

¿No hacis mas que dudar!

Cuando Carlos XII hubo llegado á su real residencia, se encerró con Reginold; los demás confidentes se mantuvieron en otras habitaciones, suponiendo que el favorito aprovecharía esta ocasión para indicarle el designio que tenían de no acompañarle á la guerra. El solo podía hacer una declaración tan delicada al príncipe mas colérico que ocupó el trono de Suecia, y por eso esperaron con confianza el fin de esta entrevista.

El cuarto en que el rey y Reginold estaban encerrados, ocupaba la parte mas alta del palacio y desde él se descubría la rada, el mar, el horizonte. El rey dijo á Reginold que se sentase y escuchara.

Reginold obedeció.

—Hace diez años, comenzó á decir el rey, en cuyas maneras se advertía un notable cambio, mi padre el difunto Carlos XI estaba sentado junto á esta ventana, como ahora lo estamos nosotros. El invierno era rudo. El hielo se extendía hasta la Rusia, el Báltico estaba cerrado; cerrado á los navíos, pero no á los intrépidos viajeros que osaban surcarle con sus trineos. El agua se había convertido en piedra y los ayés en cochés, como dice el pueblo. A propósito, dijo bruscamente el rey, ¿has reflexionado alguna vez en el misterio de tu nacimiento, Reginold?

Reginold, respondió ruborizándose:

—Sí, señor, muchas veces; pero las bondades de vuestro padre y las vuestras me han distraído de una pesquisa que yo era demasiado feliz para hacer con empeño; satisfecho aun mas de lo que deseaba, echaba poco de menos la ausencia de una familia. Además, debo confesarlo, la discreción de los demás me recomendaba discreción... sin embargo, señor, no hubiera dejado de preguntaros un día, que no estaba lejano, sobre las particularidades de mi nacimiento.

—¿Y cuáles son, preguntó el rey, las suposiciones que has hecho, esperando esa revelación?

Redobló el rubor de Reginold; sus párpados se inclinaron, su frente se entristeció; pero no se abrió su boca.

—¿Qué supones tú, pues? preguntó el rey con una insistencia que solo un dueño y un amigo tenia derecho á mostrar, dado que un amigo puede alguna vez ir tan lejos.

—Señor, dijo balbuceando Reginold, me parece que vos habeis empezado la frase hablándome del difunto rey Carlos XI... soy yo un objeto bastante digno para haberos distraído hasta el punto...

Cáelos XII sonrió.

Pero, prosiguió, este es el mismo asunto; yo no he cambiado de intención llegando por el recuerdo de mi padre al de tu nacimiento, y tengo curiosidad de saber lo que piensas respecto á esto.

—Señor, debo decirlo?

—Lo quiero.

—Pues que lo queréis, señor, he pensado siempre que el misterio y el honor rara vez iban juntos en el mundo, y sobre todo en la corte. He tenido lugar de observar desde que tengo uso de razón que los hijos criados en esa silenciosa oscuridad caían de muy alto para ser recogidos por sus parientes, en general no tienen nombre, porque les haría falta uno sobrado grande. Para hablar claramente...

Reginold se detuvo con los ojos llenos de lágrimas.

—Continúa, dijo el rey.

—Señor, esos hijos de la noche y el silencio, son bastardos de grandes señores, así, pues, yo soy...

El rey hizo una seña á Reginold que le impidió acabar su frase dolerosa.

(Continuará)

ROMANCE FUNEBRE.

¡Dichoso cien y cien veces,
dichoso y digno de envidia
quien por el sèpulo deja
de la tierra las delicias.

¡Dichoso! que al darle el mundo
la postrera despedida
de luto, llanto y sollozos
vestirá no pocas risas.

¡El mundo! habiendo dinero
todo lo iguala á su vista,
los que *in Domino moriuntur*
y los que el demonio pilla.

Que el pobre, ó cae en la tierra
sin médicos ni boticas,
ó sus misterios internos
entrega á la anatomía.

Pero el rico ¡oh gloria! ¡oh gloria!
en blando colchon espira,
y su edificante muerte
nos cuentan cien gacéfilas.

No se trocarán sus carnes
en gusanos y cenizas,
ni exhalará olor de tumbas
hoy que progresa la química.

Ella de jugos secretos
llena sus venas marchitadas,
y envuelve en plomo el cadáver
como lata de sardinas.

En tanto en salon espléndido,
sobre inclinada tarima
negro dosel le preparan
dó el oro y la plata brillan.

Allí el estuche mortuario
con áureos clavos y cintas,
y placas, bandas, espada,
sombbrero y mantos encima.

En frente dos estandartes
de otras tantas cofradías,
y alrededor seis colmenas
en seis hachas amarillas.

Ya se enseña á todo el mundo
como exposicion artística,
ya le contemplan tan solo
la amistad y la familia.

¡Ay de los débiles nervios
de las bellas vecinitas
si inadvertidas descorren
las fronteras cortinillas!

Aquel día en el *Diario*
con orlitas y cruz de tinta
Que Saló Ganando Horas
Don Tal de Tal nos avisan.

Y en elegantes tarjetas

de enlutada cartulina
seis jefes y media España
para el entierro convidan.

Llegó la hora, y la calle
pueblan carrozas vacías,
cuyas yeguas impacientes
hacen resonar las goijas;

Al lado, por vice versa,
se arrastran pobres berlinas,
con sus cabalijos-pasas
con su infamante «SE ALQUILA.»

Ocupáanse las aceras
desde una esquina á otra esquina,
y se llenan los balcones
de caras feas y lindas.

Cuatro enterradores sucios
que vislen sendas levitas
sacan el fúnebre cofre
sobre sus flacas costillas.

Y en un enlutado carro
le colocan y le fijan,
entre ángeles, calaveras,
guadañas y nubecillas.

¡Ponéense en marcha; abre paso
la obligada comitiva:
los ex-mendigos ó ex-pobres
que *San Bernardino* cría.

El féretro: cuatro amigos
llevan sus flotantes cintas,
que al pobre difunto sirven
de andadores ó de bridas.

Mas ¡ay! ya del cementerio
las tristes arenas pisan,
y una lusa para siempre
pompa y glorias disipa.

Que por mas que en letras de oro
muestre inscripciones latinas,
ó la cubran necesidades
en forma de poesías;

Por mas que el mes de noviembre
ante ella lágrimas finja,
y la adorne con lacayos,
hachones y siemprevivas;

Por mas que atardan al muerto
con arias y cavatinas,
ó gruñan el dulce piporro
que es la orquesta mas sencilla;

Por mas que todos ensalcen
virtudes que no tenía,
y en muy pocos corazones
quede su memoria fija

¡Ay del que muere! los vivos
hablan de él por quince dias,
al mes le recuerdan pocos,
al año todos le olvidan.

JOSÉ GONZALEZ DE TEJADA.

SONETO.

¡Pobre barquilla! entre la espesa bruma
Juguete de la mar te lleva el viento
Meciéndote en gallardo movimiento
Como al aire veloz la leve pluma.

Mas ya la tempestad tu ardor ábruma,
Y el noto airado en su rugir violento
Confundirá tus bríos y tu aliento
Entre esas olas de rizada espuma.

Así en el mar de nuestra triste vida
Navega el hombre; su esplendor le halaga
Y marcha en pòs de bellas ilusiones;

Mas la mente del mundo combatida,
Pugnando por vencer, al fin naufraga
Al terrible huracan de las pasiones.

CASTOR AGUILERA.

Director y propietario. D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO ILUSTRADO á cargo de D. G. Albores.